



Historia: pasado, presente y futuro

Una conversación entre Lynn Hunt y Jacques Revel'

La que sigue es una versión editada –y ampliada– de la transcripción de una conversación entre los historiadores Lynn Hunt y Jacques Revel. Dicha discusión, organizada por y para la revista Perspectives on History, tuvo lugar durante el 124 Congreso anual de la American Historical Association (AHA), celebrado en enero de 2009 en Nueva York, con Pillarisetti Sudhir como moderador. Una versión abreviada de la transcripción fue publicada en papel en el número de diciembre de 2012 de Perspectives on History [Nota del editor, AHA].

LYNN HUNT: Jacques, hace más de 10 años, en un ensayo que escribió para *Perspectives*, Christophe Prochasson hizo un breve análisis preliminar de las tendencias historiográficas en Francia, tras lo cual señaló –y le estoy citando: «la historia poco a poco está perdiendo el prestigio que, para bien o para mal, adquirió en el transcurso de la década de 1970 gracias al fenómeno de la nueva historia. La historiografía francesa ya no conserva su antiguo esplendor». ² Dado que has sido una parte muy importante del esplendor de la historiografía francesa, ¿cómo lo ves?, ¿tienes la sensación de que ha declinado, o simplemente ha cambiado?

JACQUES REVEL: Ha cambiado. Bueno, es difícil ser parte del reparto y dar una opinión sobre el mismo. No obstante, yo diría que mi amigo Prochasson aludía a un período excepcionalmente favorable para los historiadores franceses (y probablemente para algunos otros), el que va desde finales de los sesenta, pasando por la década siguiente y llegando hasta principios de los ochenta. Probablemente, desde el siglo XIX no haya existido tal demanda pública de historia ni un consumo tan grande de historia. Los libros de algunos historiadores académicos –pienso en Duby, Le Goff, Le Roy Ladurie, Furet y muchos otros– parecían coincidir con las expectativas de un público lector más amplio. A grandes rasgos, las referencias históricas también eran compartidas en gran medida por una sensibilidad general, así como en el debate público.

¿Por qué? Por un lado, el tradicional repertorio nacional todavía era compartido, en muchos y contradictorios sentidos, desde la extrema derecha a la extre-

ma izquierda. En términos más generales, los franceses estaban aún firmemente convencidos de que su propia historia componía un único relato y que debía ser percibido como un referente para el resto de la humanidad. La historia importaba en tanto expresión privilegiada de la conciencia nacional. Pero, por otro lado, las cosas estaban cambiando rápidamente. Francia, al igual que la mayoría de los antiguos países desarrollados, entró en una época de incertidumbre. La crisis comenzó en la década de 1970 y transformó dramáticamente nuestra relación con el tiempo y la experiencia históricos. Un tiempo con un oscuro, casi ilegible, presente y un tiempo con un futuro borroso; en consecuencia, el propio pasado acabó siendo sacudido. Dejó de ser el camino seguro a nuestro progreso, un progreso que ahora estaba en duda, pero tendió a convertirse en un refugio nostálgico: *El mundo que hemos perdido*, por citar el título del libro de Peter Laslett.³ *El Montailou* (1975) de Le Roy Ladurie vendió más de 200.000 copias en una sola temporada.⁴ Es un caso extremo, pero no es un ejemplo aislado, y el cambio ciertamente no se limitó a Francia. Pensemos en el éxito de Natalie Zemon Davis en todo el mundo, por citar otro caso notable. La historia ofrecía una alternativa a un mundo que estaba cambiando de manera muy rápida.

Por tanto, esas dos expectativas contradictorias, la tradicional, la de cierta excepcionalidad francesa, y la nueva, la del pasado como vía de escape, han producido efectos acumulativos.

Más allá de los méritos que podamos atribuir a una determinada generación de historiadores brillantes, la historia se benefició de unas condiciones excepcionales. Ocurrió que la «Nouvelle histoire» combinó grandes expectativas e historiadores profesionales que temporalmente encontraron una audiencia inesperada. El resultado fue una época extraordinaria.

Así que ha habido un cambio si lo comparamos con la situación actual. Lo que es seguro es que aquel entusiasmo del público por la historia fue un fenómeno temporal, y que ahora lo habitual es que sean los historiadores profesionales los que lean la historia profesional, sin esa gran audiencia que existió en el pasado.

HUNT: Habría una comparación interesante, creo, con la situación en los Estados Unidos; en esa misma época, aquí no se trataba tanto de recordar el pasado que habíamos perdido, sino que hubo una especie de calentamiento para una guerra cultural sobre qué papel se suponía que ocupaba la historia en la vida nacional. Es decir, en ese mismo período, en los Estados Unidos los problemas giraban en torno a la historia de la esclavitud, a la historia de las mujeres, a las cosas que tenían que ver con la identidad nacional americana, así como sobre si era conveniente que la historia y los historiadores participaran en este tipo de problemas identitarios. Entonces, ¿sería justo decir que en Francia los problemas de identidad no estaban tan presentes o que vinieron después? Porque ahora mismo hay una gran cuestión [en Estados Unidos] sobre cómo la enseñanza de la historia afecta a la identidad nacional.

REVEL: Tienes razón, la situación es diferente en los Estados Unidos. Todos esos temas –distintas formas de historia, diversos actores históricos– estaban claramente relacionados con la cuestión de la identidad nacional. Pero, por muchas razones, eran menos relevantes en Europa. En el período poscolonial, las sociedades europeas estaban hartas de la identidad nacional, del sentimiento nacional. La cuestión de los estudios sobre la mujer y otros han estado en gran parte separados de la cuestión de la identidad nacional, así que estaban por llegar. Es un problema aparte, aunque probablemente condujo al gran éxito de la llamada «nueva historia», que es, en cierto sentido, una historia sin la nación.

HUNT: Hablemos un poco sobre el cambio de nombre de *Annales*, que siempre se cita en los Estados Unidos, en cualquier caso, como *Annales*, pero que ha pasado de *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations* a *Annales: Histoire, Sciences Sociales*. ¿Qué significa?

REVEL: Espero que pueda explicarlo en tanto que yo formaba parte del movimiento. *Annales*, como sabes, ha cambiado su subtítulo en varias ocasiones en sus más o menos ochenta años de existencia. Cuando se eligió *Économies, Sociétés, Civilisations*, justo después de la Segunda Guerra Mundial, era una especie de idea enciclopédica –nada estaba prohibido o cualquier tema sería bienvenido en la revista. Con el tiempo, sin embargo, se sugería también un tipo de construcción de tres niveles, empezando con lo más importante, lo que sería la economía, pasando luego a lo social y, finalmente, a la superestructura, lo cultural. Yo no creo que hubiera en ello mucho de marxismo, pero sí mucho braudeliano, si se me permite decirlo, según la idea de que las cosas pesadas son lo realmente importante y la cultura es sólo la espuma en la superficie del mar. *Économies, Sociétés, Civilisations* tenía sentido cuando la expresión fue ideada en 1946. Cincuenta años después, pensamos que podría ser malinterpretada. Por esa razón nos decidimos a cambiarla. Y es por eso que, a principios de 1990, decidimos modificar el subtítulo con la expresión *Histoire, Sciences Sociales*, para recordar lo que había sido el núcleo del proyecto *Annales* desde el principio: la abierta confrontación con las ciencias sociales, asumiendo que la historia es una de esas ciencias sociales. Nada más y nada menos.

HUNT: Pero el momento elegido también se relacionó con la discusión explícita en *Annales* de si estábamos en un *tournant critique*, en un giro crítico.

REVEL: Sí. Cambiamos el subtítulo justo después de abrir el debate sobre el *tournant critique*. La decisión pretendía reflejar cuáles habían sido las convicciones básicas de la revista y de la gente que participaba en ella. El giro crítico fue una elección deliberada por nuestra parte.

La historiografía en general, sobre todo en Occidente, ha experimentado un fuerte período de turbulencias a lo largo de las décadas de 1970 y 1980, y nosotros probablemente no éramos ajenos a ellas. Personalmente, creo que estas turbulencias han sido muy positivas, ya que sugirieron o plantearon algunas preguntas básicas sobre nuestra práctica habitual. Paradójicamente, decidimos

poner en marcha el *tournant critique* justo en el momento en que *Annales* estaba en la cima de su reconocimiento y de su éxito internacionales.

HUNT: ¿Dirías que *Annales* mantiene todavía su cota máxima de influencia?

REVEL: Ese es un problema diferente. La experiencia de nuestra generación es que el mercado historiográfico se ha vuelto verdaderamente internacional. *Annales* fue «descubierta» tarde en los Estados Unidos, a principios de los setenta, y se puso de moda durante una década más o menos; supongo que, cuando eso ocurrió, fue porque a la gente le parecía interesante como tal, pero también porque era algo exótico. Provenía de una tradición intelectual muy diferente, lo que sin duda formaba parte de su éxito.

Quince años después, académicos, estudiantes, libros, revistas e ideas han cruzado el océano muchas veces, y nosotros también lo hemos hecho. Esa es la experiencia de nuestra generación y, en un sentido historiográfico, el mercado se ha transformado profundamente, no sólo entre Europa o Francia y los Estados Unidos, sino más ampliamente en el mundo global de los historiadores. Lo que parecía tan singular en el fenómeno *Annales* hace cuarenta años es en parte un bien común, compartido, debatido y criticado en muchas historiografías nacionales, y esto es cierto para todas y cada una de ellas, que en realidad ya no son nacionales.

HUNT: Me pregunto si no se trataba también de enfatizar cierto tipo de investigación, algo en lo que *Annales* puso mucho empeño: estoy pensando en los grandes estudios demográficos, hechos tanto por individuos como por grupos, que abrieron una nueva perspectiva sobre cómo se podía hacer la historia, que no era solo cuantitativa, sino que era sobre todo sistemática, algo que se remonta al final de la década de 1950; así como en el inicio del estudio de los registros notariales y de cómo se podían utilizar para reconstruir comunidades enteras. Esto requiere una enorme confianza en que, después de diez o quince años de trabajar en ello, la investigación daría sus frutos. Y en que si se conseguían reunir muchos resultados, se empezaría a construir una imagen más completa. Y eso fue enormemente estimulante, y al mismo tiempo había dentro de la misma *Annales* más preguntas acerca de si realmente iba a funcionar en la forma en que se pensaba que podría funcionar.

REVEL: Una vez más, no creo que sea solo un problema francés. Sea lo que sea con lo que *Annales* sea identificada, sobre todo en Estados Unidos, sean las grandes investigaciones o el uso de números o medidas, eso también se podía ver en el estudio de los fenómenos históricos que usaban métodos de las ciencias sociales, sea en Gran Bretaña, en Alemania y también en este país. Más o menos al mismo tiempo, historiadores como Charles Tilly y David Landes compartían las mismas ambiciones, y en cierto modo de una manera más técnica. Pensemos en la nueva historia económica.

Lo que creo que ha cambiado es nuestra confianza en el hecho de que la producción de la historia nos lleve a resultados acumulativos. En cierto sentido,

durante los años cuarenta, cincuenta y gran parte de la década de los sesenta, la gente estaba convencida de que todos juntos estaban construyendo un muro, y que cada pedazo de resultado era un ladrillo que se podría agregar a los otros ladrillos. Nadie podía predecir la forma que tendría dicho muro, pero creían que al final habría uno.

Esta confianza ha desaparecido, en parte por razones internas a la disciplina y en parte por razones externas. Dentro de la disciplina, quizá haya habido un abuso de la cuantificación, y es probable que no necesitemos tener una confirmación del 98 por ciento de una hipótesis si ya tenemos un resultado del 92 por ciento. Hay una ley de rendimientos decrecientes para estas cosas. La demografía histórica clásica es un buen ejemplo: después de algunos centenares de monografías, tal vez de algunos miles, solo conseguimos una ligera variación de un modelo central. Además, es difícil articular los resultados entre sí y jerarquizar su importancia. Y hay una cuestión más básica: si todo es importante, ¿qué es lo realmente importante?

Pero hay más. El surgimiento y éxito de una concepción cuantitativa y acumulativa de la historia estaba estrechamente relacionada con una visión optimista, con la idea de que íbamos a construir la visión más grande y más completa posible del pasado, con la convicción de que la historia, como tal, era inteligible como una totalidad. Tales convicciones han sido objeto de crítica en las últimas décadas, al igual que las principales arquitecturas funcionalistas han perdido su fuerza: eso es verdad para el marxismo, pero también lo es para el funcionalismo estructuralista, para el estructuralismo y asimismo para el positivismo, que ha sido un referente duradero en la vida intelectual francesa. Reitero que esto ha sido así en muchos países, incluyendo este en el que estamos.

HUNT: Volvamos a la pregunta original sobre el interés del público en la historia. Como tú mismo has dicho, el interés del público no estaba en realidad en la gran concepción que muestra cómo se podría encajar todo eso, sino que estaba más bien en rescatar un mundo que definitivamente estaba desapareciendo, especialmente el mundo del campesinado rural en Francia. Pero se podría decir que no es que ahora no haya interés en esa historia, sino que hay mucho más interés en los momentos particularmente controvertidos de la historia francesa en el pasado. Ha habido mucho más interés últimamente en lo que pasó con la descolonización de Argelia y también con Argelia. La esclavitud, la esclavitud del siglo XVIII, se ha convertido en un asunto mucho más importante. Incluso las cuestiones sobre la integración regional. Así que no es que no haya interés en la historia, es que el interés se ha desplazado desde el mundo que hemos perdido a los momentos de nuestro conflicto.

REVEL: Es cierto que en el pasado, con una cronología diferente –yo diría que en los últimos 25 o 30 años–, se ha producido un cambio hacia lo que es objeto de controversia y, diría más, hacia lo que es inestable en nuestras convicciones. Aquí es probable que sea útil distinguir la visión americana de Francia y lo que

los franceses piensan de eso. Recuerdo una vez en que visité los Estados Unidos y tuve la sensación de que la historia de Francia trataba solo sobre Vichy y la descolonización (con todo el respeto debido a la contribución americana al conocimiento de esos y otros episodios).

Pero creo que el conflicto y la incertidumbre se deben entender más globalmente. En Francia, como en muchos otros países, la historia ha sido desde el siglo XIX una parte fundamental de la construcción de la ciudadanía. Así, a los niños se les enseñaba lo mucho que debían a su propia historia. Esto también ocurrió en muchos otros Estados-nación. Aquí ha habido un cambio drástico, especialmente en Francia: contar la narrativa nacional tradicional ya no es posible. Eso ya no funciona.

Tuvimos importantes y significativos debates sobre la enseñanza de la historia en la década de 1980 cuando la gente –empezando por nuestro presidente, Mitterrand– descubrió que los niños ya no estaban interesados en la historia nacional y que la desconocían. Pero creo que el problema es que la capacidad de identificación y definición en términos de ciudadanía, que se asociaba con la historia, se ha desvanecido en buena medida. Cuando Francia tenía todavía un imperio colonial, era capaz de enseñar a los escolares de África o de Indochina que sus antepasados eran galos que vivían en chozas de paja. Esto es algo que ya no se puede enseñar, ni siquiera en París, porque –bueno, no me gusta mucho esa palabra «multicultural»– la capacidad de identificación proporcionada por la historia se ha desvanecido en buena medida. En cierto modo y a la hora de crear un sentido de pertenencia, el deporte es probablemente más eficiente que la historia, lo que supone que el significado de ser francés ya no es una certeza, sino algo controvertido.

HUNT: En cierta manera, me parece un resultado sorprendente, porque aquí, en los Estados Unidos, cuando vivimos las disputas sobre cómo debía enseñarse la historia, ello no condujo a romper ese vínculo entre la historia y la ciudadanía; más bien, la historia tenía que ampliarse precisamente para incluir a los nuevos tipos de ciudadanos. Por tanto, se trataba de poner mucho más énfasis en la historia de los nativos americanos para decir que antes hubo aquí otras personas. Y subrayar aún más la esclavitud, para explicar por qué los Estados Unidos llegaron a tener una gran población afroamericana y por qué fue tratada de la manera en que fue tratada.

Así que yo diría que, a largo plazo y a pesar de sus críticos, la introducción de la historia de las mujeres, de la historia afroamericana, de la historia de la clase obrera, de la historia nativo-americana y, por supuesto, de la historia de la inmigración sirvió para fortalecer el vínculo entre la historia y la ciudadanía nacional, con el argumento de que siempre había sido una nación multicultural y de que, por tanto, no debería preocupar el que ahora fuera una nación multicultural. También hay algo de eso en Francia.

REVEL: Pero creo que hay muchas y obvias diferencias entre las dos experiencias históricas. Desde sus tempranos inicios, Estados Unidos se pensó en sí mismo como un país con muchos orígenes, que es exactamente lo contrario del modelo francés. No es que los franceses tengan ninguna autoctonía, pero solían pensar de sí mismos, y durante siglos se habían visto a sí mismos, como provenientes de una raíz, enriquecida progresivamente por romanos, francos, etcétera. Hay que tener en cuenta también el modelo francés de ciudadanía desde la Revolución: es universal y abstracto, a la vez que generoso y exigente, por lo que todos son bienvenidos, pero se espera que dejen en la puerta cualquier tipo de identificación adicional (filiación de origen o religiosa). Este ha sido el trasfondo del contrato republicano durante casi dos siglos. Pero en los últimos tiempos las cosas han ido cambiando de forma drástica.

Ahora tenemos una rica historia de inmigración. Más ampliamente, se está explorando la diversidad de la experiencia social, como en otros lugares. Permíteme sugerir que, por haber llegado con retraso, estos temas plantean más preguntas acerca de la identidad nacional y el sentido de comunidad en Francia (y en general en Europa) de lo que lo hacen en los Estados Unidos. Los nuestros son países más antiguos. Ya no son potencias mundiales. Todavía no están plenamente convencidos de que deban integrarse en la Unión Europea, que también sumerge nuestras identidades nacionales. Se preguntan sobre su futuro en un mundo global. Sin duda, esto genera una sensación de mayor incertidumbre.

Pero, personalmente, me gustaría pensar que es un progreso, es decir, no dar por sentadas las identidades nacionales es sin duda más positivo que pensar que porque somos franceses o americanos, o lo que sea, deberíamos ser esto o aquello.

HUNT: Así que eso está relacionado con Europa, con el auge de Europa.

REVEL: Bueno, está relacionado en parte con Europa. Durante algún tiempo, muchos europeos, con la excepción de los alemanes, se mostraron reacios a aceptar la idea de Europa, ya que lo veían como algo que cuestionaba su identidad nacional. Durante los últimos cincuenta años más o menos, poco a poco y con dificultad hemos descubierto o experimentado más exactamente lo que significa ser europeos, que por el momento no encierra una certeza mayor que la de ser francés; es algo en formación, algo que en realidad no somos capaces de imaginar qué significará dentro de cincuenta años, ya que son patrones cambiantes que crean nuevas líneas o fallas de fractura dentro de Europa. Por ejemplo, esto es claramente lo que estaba sobre la mesa cuando los países de Europa occidental, con la excepción de Gran Bretaña, se opusieron a la política de Estados Unidos sobre Irak hace unos años, mientras que Europa oriental cerraba filas en torno al gobierno estadounidense. Y Europa no es una isla: es parte de un mundo global y se preocupa por su lugar en el mundo global. Sin duda, esto genera una sensación de mayor incertidumbre, si bien pienso que la incertidumbre puede ser positiva.

HUNT: Y la existencia de Europa, con sus debilidades y sus fortalezas, ¿está teniendo impacto en la manera en que la historia es vista en Francia?

REVEL: Sí y no. Los países de Europa, y Francia entre ellos, han estado produciendo un gran número de historias europeas, la mayoría de ellas muy decepcionantes, ya que en cierto sentido repiten los mismos errores, dando por sentada una Europa en función de su pasado, por el Imperio romano, por la Iglesia católica medieval, por la República de las Letras en los siglos XVI y XVIII, y así sucesivamente, como si Europa tuviera una especie de plan incorporado que culminaría con su construcción política, que comenzó cincuenta años atrás. Tal punto de vista es obviamente erróneo. No funciona. Europa es un sistema de relaciones con puntos fuertes y débiles y donde las personas interactúan. Lo que de ello resulte será algo que podríamos denominar europeos, pero esto no se puede hacer en una generación. En cierto sentido, solo unas visiones retrospectivas abusivas crean la convicción de que Europa estaba allí desde el principio.

HUNT: No se podría decir que está ahí desde el principio, pero hay muchas otras cosas, ¿es solo que hay otros elementos?

REVEL: Muchos y diferentes orígenes, heterogeneidad, y algo ocurre con la formación. Pero esto es cierto para cualquier proceso histórico. ¿No es eso lo que E. P. Thompson dejó claro en la formación de la clase obrera inglesa?

HUNT: Aunque la clave de Thompson es que no hay clase trabajadora sin una clase a la que oponerse. Así que, ¿no hay Europa sin algo a lo que oponerse?

REVEL: Estoy seguro de que no hay Europa sin algo a lo que oponerse, y es obvio que las relaciones entre Europa y los Estados Unidos, por un lado, y entre Europa y Rusia, por otro, y ahora entre Europa y Oriente Medio, en tercer lugar, son parte de la autodefinition de Europa. Esto fue así en la Edad Media, y luego en la época de los descubrimientos, y es verdad de diferentes maneras hoy en día. Pero a lo que creo que deberíamos resistirnos es a la idea de que hay una especie de programa dentro de Europa, que produce efectos repetidos, pero que ya está ahí. No hay ningún programa de este tipo.

HUNT: Desde luego. Entonces, ¿cuál es el papel de los historiadores? Obviamente no encontrar orígenes falsos, pues dices que la mayoría de los trabajos que se han producido siguiendo esa perspectiva son decepcionantes.

REVEL: La mayoría son, diría, visiones perezosas sobre lo que sea Europa. Por el contrario, lo interesante son los estudios que muestran cómo en Europa se enfrentan una serie de experiencias diferentes, de temporalidades distintas, que deben ser consideradas en su conjunto; es decir, en lugar de asumir que Europa tiene una unidad como tal, probablemente sería mejor preguntarse cómo, a pesar de esas diferencias, Europa puede pensarse a sí misma como un todo. Esta es una pregunta que se puede plantear para cualquier nación en el sentido clásico del término. ¿Por qué el alemán debería sentirse alemán, o el italiano o el indio? Esto es algo que fácilmente se tiende a dar por sentado, pero que es una cuestión básica aplicable a cada uno de nuestros países, a pesar de las ideologías dominantes.

HUNT: ¿Es esta la clase de pregunta por la que se interesa la gente en Francia, o crees que es algo que interesa más a la gente de otros países europeos?

REVEL: Creo que es una cuestión que ahora se plantea en Francia. Por ejemplo, hay muchos trabajos sobre las memorias, que es el asunto de moda, sobre la diferencia de memorias en toda Europa y el tipo de temporalidad a que se refieren. Una vez más, quiero volver a 2003, al comienzo de la guerra de Irak. Quedó muy claro que los países europeos occidentales vivían con una cronología donde la Segunda Guerra Mundial ya no era un hito fundacional; así, se podían plantear lo que estaba en juego en Oriente Medio, sin pensar en términos de solidaridad con los Estados Unidos.

Para los países de Europa oriental, en cambio, su calendario estaba todavía detenido en el período 1940-1945, y ello por razones obvias: porque tenían poca confianza en los países europeos occidentales, que no los defendieron en aquel momento y se fiaban mucho más de Estados Unidos, que les había demostrado su solidaridad. Así, se trata de una diferente organización del tiempo y una diferente argumentación sobre el mismo, lo cual es parte de la agenda actual de esos países, lo que da forma a la manera que tienen de ver el futuro. Pero esto se podría aplicar a diversos asuntos, como al debate reciente sobre las raíces católicas de Europa o a otros, que no se plantean de igual manera en la Europa oriental y en la occidental.

HUNT: Quiero volver a algo sobre lo que no nos hemos detenido. Recientemente, ha habido una polémica sobre el papel que desempeñan los legisladores franceses en la escritura de la historia: me pregunto por qué, por qué se ha planteado como se ha hecho y por qué se ha convertido en un problema.

REVEL: Al igual que en muchos otros países, pero de manera más insistente que en otros, Francia se ha enfrentado a agresivos movimientos negacionistas y revisionistas: personas, por lo general historiadores no profesionales y activistas políticos, que cuestionan el conocimiento existente sobre el Holocausto o que incluso niegan que sucediera. En cierto sentido, no es casualidad que eso sucediera en Francia –no es que Francia fuera especialmente antisemita, sino que Francia no tiene una verdadera tradición de estudios sobre esta cuestión. Raul Hilberg era estadounidense. Robert Paxton, también. Michael Marrus es canadiense. En Israel, hay algunos especialistas excelentes sobre esas cuestiones. Pero Francia ha tenido una especie de vacío histórico en este tema, y el revisionismo floreció en la década de 1980. En ese contexto, el Gobierno socialista decidió aprobar una ley que penalizaba el revisionismo argumentando que no se trataba de una opinión, sino de una falsificación deliberada y de una expresión de odio racial.

Desde entonces, lo que ha sucedido es que los legisladores de la Asamblea Nacional francesa decidieron que debían ofrecer su punto de vista sobre otros asuntos históricos. Se aprobó así una ley según la cual los esclavos y la esclavitud constituían un crimen contra la humanidad, lo que está muy bien. ¿Y qué? ¿Cuál es su utilidad? Porque no hay revisionismo sobre esas cosas: nadie niega la existencia

de la trata de esclavos y nadie quiere justificarla retrospectivamente. También se aprobó una ley sobre el reconocimiento del genocidio de los armenios por parte de los turcos en 1915. No albergo ninguna duda sobre la existencia del genocidio de los armenios. Sé también que hay un importante voto armenio en Francia, al menos en algunas grandes ciudades, como París, Lyon o Marsella. En términos generales, no estoy convencido de que le corresponda a la Cámara decidir sobre la verdad de un hecho histórico; lo que me da miedo es que una decisión inversa pudiera ser tomada por una mayoría diferente.

Es por eso que un grupo de historiadores profesionales, reunidos en torno a la asociación *Liberté pour l'histoire*, decidieron reaccionar y decir: «Basta. No es al gobierno al que corresponde decir lo que es verdadero o falso en historia. Ese es trabajo de los historiadores».⁵ La movilización de los historiadores profesionales en contra de las decisiones políticas sobre la historia es un movimiento sólido, tal vez lo es incluso más ahora, cuando Bruselas quiere tomar parte y decidir cuál es la concepción correcta de la historia y cuál no. Pero me temo que esto es solo una parte de la cuestión.

Nosotros, los historiadores profesionales, pensamos muy a menudo que tenemos la última palabra, y eso no es cierto. Todo el mundo tiene una opinión sobre la historia, pero no todo el mundo la tiene sobre la teoría cuántica. Es más, durante la última generación nuevos protagonistas han estado presentes en la escena historiográfica: los periodistas, que generalmente reaccionan mucho más rápido de lo que lo hacemos nosotros y que hacen un trabajo que no es necesariamente malo; los jueces, que ahora deciden sobre cuestiones históricas, y lo hacen a veces movidos por buenas razones; los políticos, como hemos comentado; y, por último y lo más importante de todo, los que han estado allí, los testigos oculares.

Tomemos el Shoah Project de Steven Spielberg,⁶ una especie de enorme base de datos que recopila entrevistas a todos los sobrevivientes de la Shoah. Esto se pondría en línea, y allí tendríamos la verdadera historia de la Shoah. No dudo en absoluto de las intenciones de Spielberg, solamente creo que es algo engañoso, porque ningún historiador profesional aceptaría que una colección de documentos sustituyera a la historia; y es aún más engañoso porque ¿quién sería lo bastante valiente o loco para cuestionar a un determinado testigo y decirle: «eso es erróneo, eso no pudo suceder»? Dado que estamos ante una experiencia muy traumática, sería como un insulto si le dijéramos: «lo que estás diciendo no encaja», cosa que sí podemos hacer para el siglo XIII o el XIX sin grandes problemas. Que los testigos ocupen el primer plano plantea un serio problema. Tenemos muchas posibilidades de enriquecer nuestra documentación, pero en cierto sentido corriendo grandes riesgos. Un testigo da una sensación de realidad, de proximidad al objeto de estudio, lo cual puede ser enormemente engañoso; es semejante a lo que ocurre con los archivos judiciales, que son muy vívidos, pero que pueden ser igualmente engañosos si te acercas a ellos de manera acítica.

HUNT: Has dicho antes que la escritura y la publicación históricas se han internacionalizado y que, como consecuencia, el papel que ahora desempeña *Annales* es diferente del que solía representar antes, pero ¿crees que hay cosas que son distintivas de la escena histórica francesa, cosas que han tenido una influencia particular en la forma en que se ve la historia en el resto del mundo? Puede que no hubiera un programa específico en *Annales* en el sentido en que estabas hablando de los años sesenta y setenta, pero sin duda hay características distintivas.

REVEL: Bueno, siempre he pensado en *Annales* no como en una escuela sino como en un movimiento con diferentes tendencias, distintas maneras de practicar la historia; por eso no quiero describir con demasiada rigidez lo que era *Annales* ni mucho menos lo que es hoy. Y, de nuevo, si me tuviera que quedar con una definición, esa sería la de una confrontación abierta de la historia con las ciencias sociales, con las cambiantes ciencias sociales a través del tiempo, que sigue siendo algo así como una marca distintiva.

En la pasada generación, creo que hubo algunos de temas que se pueden identificar como intereses específicamente franceses: la cuestión de la memoria, por ejemplo. No es que en otros países no estén interesados por la memoria: ahora es un gran negocio por doquier. Sin embargo, la problemática de la memoria se ha desarrollado en Francia de una forma que tiene ciertamente que ver con nuestra propia historia, con las preguntas planteadas por nuestra tradición historiográfica y, también, con la ruptura con esta tradición historiográfica. La nueva historia de la inmigración es, sin duda, otra cuestión de este tipo, aunque por las razones que brevemente hemos tratado con anterioridad.

En términos más generales, mi convicción es que lo más interesante que ha ocurrido en la historiografía francesa de la última generación ha sido una especie de actitud autorreflexiva sobre nuestros métodos y conceptos. Bueno, puede que yo sea especialmente sensible a ello porque es mi área de interés, pero he aprendido mucho de mis colegas alemanes o italianos, y ahora mismo no soy capaz de distinguir entre lo que es suyo y lo que es propiamente mío. Sin embargo, creo que aún hay estilos distintos, y es fácil distinguir un texto alemán de uno francés, una revista alemana de historia de otra francesa, porque nos hemos formado de manera diferente, porque la relación entre la historia y la filosofía, la historia y las ciencias sociales o la historia y la literatura es distinta en cada uno de nuestros países. Tomemos el «giro lingüístico», que alega tener raíces francesas (la llamada «teoría francesa», que es en gran parte un artefacto americano) pero que no ha tenido éxito en Francia. Si queremos explicar ese tipo de fenómenos, de injertos o de rechazos, hay que profundizar en las tradiciones intelectuales.

Así que el hecho de que exista un amplio mercado intelectual e historiográfico donde ideas y textos son compartidos no significa que no haya diferencias, que todo sea igual en todas partes. No lo pienso así. Pero es cierto que el tipo de preguntas que los historiadores pueden plantearse es mucho más amplio y variado de lo que solía ser.

HUNT: La cuestión de la memoria parece ser especialmente interesante, porque creo que tienes razón en que los historiadores franceses jugaron un papel especialmente importante en problematizar el tema de la memoria. Supongo que se podría decir, ontológicamente o históricamente hablando, que todo el mundo tiene los mismos problemas con la memoria porque el tiempo pasa, se producen acontecimientos y tenemos una forma de recordarlos. Eso plantea una cuestión interesante acerca de por qué es así –estoy segura de que no me vas a decir que es solo porque Pierre Nora estuviera especialmente interesado en ello, porque lo que hizo tuvo gran influencia a nivel internacional precisamente por la forma de conceptualizarlo en *Les lieux de mémoire*.⁷ Es decir, cómo la memoria inviste ciertos tipos de lugares.

Y realmente es una cuestión fascinante, sobre todo por lo que has dicho acerca de la historia de la Shoah, porque hay mucha más historia de la Shoah e increíblemente mucha más memorialización en los Estados Unidos, pero menos escritos, tal vez, sobre los peligros, las trampas, los falsos supuestos que se pueden hacer sobre la manera en que esto funciona. En realidad, no ha sido hasta hace poco cuando, por ejemplo, Peter Novick publicó su libro sobre cómo la Shoah no se recordaba de la misma manera durante la posguerra en Estados Unidos.⁸ Hubo muy distintos altibajos en la forma en que la gente lo recordaba. Yo misma lo he experimentado: mis alumnos se sorprenden cuando les digo que [el Holocausto] no era un asunto de primera magnitud cuando era estudiante en la década de 1950 y principios de 1960 y que solo con posterioridad se convirtió en tema importante.

REVEL: Me temo que no lo era en ninguna parte, al menos antes del juicio a Eichmann.

HUNT: Lo sé, pero son incrédulos, porque han crecido en un mundo en el que se trata de un tema fundamental, y piensan en él como en una especie de asunto que siempre ha sido capital. ¿Tienes alguna idea sobre por qué es así?

REVEL: ¿Te refieres al asunto de la memoria en Francia?

HUNT: Mira, creo que es por la Revolución francesa que la cuestión de la memoria y de la historia es tan polémica en Francia.

REVEL: Yo no estoy tan seguro. Creo que tiene que ver con el agotamiento de la narrativa nacional francesa y la Revolución es una parte de esta narrativa. En cierto sentido, el enfoque de la memoria se hizo relevante en torno a 1980 debido a que la vieja y extremadamente fuerte narrativa nacional ya no funcionaba y había necesidad de revisarla, de plantear preguntas, que supuestamente estaban contestadas, pero que retornaban. Además, la memoria desestabilizó la narrativa histórica. Esto queda muy claro en la construcción misma de *Les lieux de mémoire*, que, en cierto sentido, es una historia nacional dibujada con 130 piezas diferentes, pero sin ofrecer un cuadro global, probablemente porque no hay cuadro global posible.

Sin embargo, esta no es la única respuesta que podemos dar. Unos años más tarde, Braudel dejó inconclusa su *Identité de la France*, que ofrece un tipo diferente de narrativa de la historia de Francia.⁹ André Burguière y yo editamos una *Histoire de la France*, en cuatro volúmenes y no cronológica, con las mismas inquietudes.¹⁰ Sin duda habrá otras propuestas.¹¹ El nuestro, creo, es un momento para las experimentaciones narrativas.

Puede que sea así porque nos enfrentamos a preguntas urgentes sobre el pasado. Un sociólogo, uno de los seguidores más notables de Durkheim, Maurice Halbwachs, escribió durante los años veinte y treinta una serie de textos sumamente innovadores acerca de la memoria colectiva y la forma en que podría abordarse en términos sociohistóricos.¹² La obra tuvo efectos limitados en su época y se volvió a descubrir en gran medida desde los setenta, porque ya había anticipado las preguntas que los historiadores (y los científicos sociales) se estaban planteando. Preguntas que ahora tenían sentido para un público más amplio.

HUNT: ¿Qué quieres decir cuando dices que la narrativa nacional francesa se agotó en la década de 1980?

REVEL: Lo que quiero decir es que ese relato ya no convence. Insisto en algo que ya he mencionado, en esa breve crisis de 1983 y 1984 cuando las autoridades, empezando por el presidente francés Mitterrand, descubrieron que los adolescentes ya no conocían su historia y, lo que es peor, que no les interesaba. Pero es algo más que un problema de enseñanza y aprendizaje. Lo que se espera de una narrativa es que produzca efectos de inteligibilidad, de identificación. Lo que aún funcionaba cuando yo iba a la escuela en la década de 1950 ya no lo hacía treinta años después, y ello porque la naturaleza de la sociedad francesa había cambiado, porque en la década de los ochenta los estudiantes sabían que eran parte de una sociedad multicultural, en realidad de una sociedad que tenía la sensación de ser multicultural. La posibilidad de formar una generación de estudiantes bajo una narrativa ya no existía.

HUNT: ¿Y qué forma tomaba? Quiero decir, ¿es que los estudiantes no cursaban historia?

REVEL: La cosa empezó desde abajo, en la escuela primaria. Los niños estaban ciertamente más interesados en *Astérix*, que ofrece un relato fantástico con sus cualidades y defectos, con los estereotipos de la autorrepresentación de los franceses, pero básicamente sin trasfondo histórico. Por supuesto, se sitúa en el pasado, pero nos dice más acerca de cómo los franceses se comportaban en el presente. La cuestión es que ya no podían encontrar en el pasado los recursos para comprender el mundo actual.

Me gusta citar a Ernest Lavisse, que fue el gran historiador oficial de la Tercera República. En las últimas décadas del siglo XIX, escribió un libro para la escuela primaria (*Histoire de France*, comúnmente conocido como *Le Petit Lavisse*), en el que escribe: «Los galos, vuestros ancestros, eran valientes; los francos, vuestros ancestros, eran valientes; los franceses, vuestros ancestros, eran valientes; de

modo que sed valientes». ¹³ Preparaba a los escolares para la «venganza», para que se comportaran como ciudadanos y soldados en la guerra venidera. Se esperaba que la enseñanza de la historia generara convicción y consenso. Obviamente, esto es algo que ya no se puede esperar. Se ha perdido cierto sentido de identificación con el pasado.

HUNT: ¿Esto se extiende también a la comprensión que el público tiene ahora de la historia? Aquí en los Estados Unidos, por ejemplo, muchas familias van a los campos de batalla revolucionarios, a los campos de batalla de la Guerra Civil. Hay todo tipo de parques con monumentos históricos. Me parece que en realidad hay un interés muy vivo por los parques históricos, por ir al Colonial Williamsburg o a Monticello o a visitar la casa de Jefferson, y de alguna manera habitar esos espacios del pasado, y nosotros tenemos pocos en comparación con lo que ocurre por lo general en Europa. Entonces, ¿crees que también hay una falta de compromiso público con ese tipo de cosas?

REVEL: Yo diría que en Estados Unidos los «lugares de memoria» siguen desempeñando un papel en el proceso de integración, lo que no es el caso en Francia, ni, probablemente, en Europa en general.

HUNT: Pero está ese museo relativamente nuevo sobre la Primera Guerra Mundial. ¹⁴

REVEL: Pero esa es una cuestión totalmente distinta. Es un proceso de patrimonialización, que tiene más que ver con una acumulación de signos que con la memoria como tal. Ese es *nuestro* pasado, pero un pasado que es, en cierto sentido, un pasado *absoluto*. No es un pasado que ayude a ubicarse en el presente. No ayuda a encontrar razones para ser francés o para ser más francés. En realidad, estamos frente a un proceso interminable de patrimonialización donde todo lo que es pasado tiene un valor *per se*. Y eso en gran parte está desconectado del sentido de pertenencia a una comunidad.

HUNT: Permíteme hacerte ahora un tipo muy diferente de pregunta. Cada vez más en el mundo científico –estoy hablando de la biología, la neurología, la física– muchos investigadores de todo el mundo, por no decir la mayoría de los investigadores del mundo, publican su trabajo en inglés. Hay una cierta presión para que lo hagan así, no importa en qué país estén. ¿Es este un peligro para las ciencias sociales y también para la historia, o crees que este desarrollo se va a detener donde está, con una especie de imposición de un inglés universal en el mundo del conocimiento?

REVEL: Esta es una pregunta que ha sido y que sigue siendo todavía muy debatida. No todas las ciencias sociales están en la misma condición. Si uno es un economista, está obligado a publicar en inglés, al igual que ocurre con las matemáticas, la física o la biología. No hay otra salida. La sociología está a medio camino. La historia se está escribiendo en gran medida en las diversas lenguas nacionales, pero depende de qué tipo de lectores deseemos alcanzar. Si uno es italiano, es mejor publicar en inglés o incluso en francés para obtener un reconocimiento

más amplio, aunque el inglés es sin duda el idioma dominante. Esta es la razón por la que, tras mucho tiempo de reflexión y discusión, *Annales* ha decidido duplicar su versión impresa en francés con una versión en línea en inglés (2012).¹⁵ Pero de momento no es algo preceptivo. ¿Por cuánto tiempo?, no lo sé. No está determinado, al margen de lo que dure el inglés como lengua dominante.

HUNT: ¿Crees que eso tiene efectos en los desarrollos intelectuales?

REVEL: No lo creo.

HUNT: ¿Es sólo una suerte de trasfondo neutral?

REVEL: Creo que debe ser neutralizado. Con motivo de las reuniones internacionales, yo personalmente recomiendo que todo el mundo hable inglés o con su propia lengua y que los demás hagan un esfuerzo. No es la situación normal, pero debería ser una solución razonable. Sin embargo, no creo que el inglés tenga nada especial que nos impida pensar en algo que sí podemos pensar en francés.

HUNT: Sé que la crisis económica actual hace que sea difícil hablar de lo que la gente está pensando sobre el futuro, ya que todo parece estar mucho más en el aire, pero ¿cómo ves la escena intelectual de los historiadores en Francia? ¿Hay una sensación de malestar porque ya no existe esa relación entre la historia y la identidad nacional? No está claro cómo se va a organizar el campo de la historia, y nos enteramos de que la *École des Hautes Études* podría trasladarse fuera de París en el futuro [ha sido trasladada temporalmente a un lugar cerca de la nueva *Bibliothèque Nationale*]. ¿La gente está preocupada, o es un momento de oportunidad y esperanza por los nuevos caminos que deparará el futuro?

REVEL: Son muchos problemas y diferentes. Desde un punto de vista científico, creo que la historia es bastante vibrante en Francia, y tomaría esas preguntas e incertidumbres que hemos estado discutiendo, así como los problemas relacionados con la identidad nacional, como algo muy positivo. Son preguntas que deberían haber sido planteadas anteriormente. Es un punto de inflexión crítico, pero me parece que es muy positivo en el sentido de que nos ha convencido para que revisemos algunas de nuestras creencias básicas.

Ahora bien, hay un segundo problema, que es institucional. Por el momento, no ha habido serias amenazas a la profesión historia, aún no se han eliminado plazas, y no ha habido un serio recorte de los fondos para la investigación. No soy capaz de predecir si las cosas cambiarán en el futuro, pero no lo han hecho por el momento. Recordemos que la educación superior y la investigación son públicas en Francia, y por tanto probablemente menos dependientes del mercado. Debo confesar que me impresiona la extrema reactividad de las universidades estadounidenses desde el mismo comienzo de la crisis actual, que en unos pocos meses han reducido los programas y los puestos de trabajo. Nuestro sistema está más protegido, o eso parece, al menos a corto plazo.

Sin embargo, se nos plantean varias cuestiones en el horizonte. No estoy pensando en la probable mudanza de la *École des Hautes Études* dejando el centro de París, cosa que es principalmente un problema técnico. Puede gustarnos o no

este cambio, pero no creo que tenga consecuencias cruciales. Sería ridículo pensar que no se puede producir buena ciencia social en los barrios más alejados y que, para hacerlo, hay que estar en el centro de París. Puede ser una cuestión de prestigio. He conocido la École des Hautes Études cuando no estaba en el Boulevard Raspail, y sin duda era tan brillante al menos como lo es hoy en día. Los problemas más importantes que tenemos por delante son diferentes. Por citar un asunto crucial, ¿qué pasará con el CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique), es decir, con el principal organismo francés de investigación? Nadie lo sabe.

HUNT: ¿Lo dices porque hay proyectos para reducirlo drásticamente o incluso eliminarlo?

REVEL: Eliminarlo, no lo creo.

HUNT: ¿Y un recorte drástico?

REVEL: Recortarlo y reorganizarlo de un modo que, a mí entender, es sumamente problemático. Pero ni siquiera eso está claro; es una de esas reformas que se deciden sin estar bien meditadas. Además, de momento es una cuestión de meses o años. Es una verdadera amenaza no sólo para la profesión histórica, sino para las ciencias sociales en general. Que el gobierno sea capaz de aplicar esas reformas es algo que está por ver.

HUNT: ¿Qué pasa a grandes rasgos con el mercado de trabajo? Durante años, la gente en Francia se refería a ese mercado como algo esencialmente bloqueado. ¿Se ha abierto ahora?

REVEL: Como sabes, en el sistema académico francés, los profesores son funcionarios públicos, lo que significa que están asentados de por vida en términos presupuestarios. Se les sustituirá cuando se jubilen. Por tanto, hay fuertes efectos generacionales; por poner un ejemplo, mi generación de académicos, los que consiguieron sus plazas en la década de los setenta, las mantendrán (no en la misma institución) durante cuarenta años. A su vez, eso significa que limitarán las nuevas incorporaciones, porque esos puestos están ocupados. Así que se produce un efecto de onda, lo que significa que en la década de los noventa hubo una gran oferta de nuevos puestos de trabajo, empleos que habían quedado vacantes porque una generación de veteranos profesores se había jubilado, y lo mismo sucederá cuando nosotros nos retiremos de forma masiva en la década de 2010. Entre esas ondas, la disponibilidad de plazas estará mecánicamente limitada. Este es un efecto colateral del sistema. Puede que sea modificado en los próximos años, dado que las nuevas normas permitirán a las instituciones académicas crear (o eliminar) puestos de trabajo en función de un determinado presupuesto. Sin embargo, lo cierto es que el mercado de trabajo académico francés ha sido bastante abierto, si lo comparamos con la mayoría de sus homólogos europeos. Veo una señal positiva en el hecho de que, tras Gran Bretaña, Francia sea probablemente el país que contrata un mayor número de historiadores no franceses.

HUNT: Hablemos un poco sobre dónde piensas que está ahora el mayor potencial, el más estimulante. Has hablado del agotamiento de la narrativa nacio-

nal. Has mencionado de pasada el declive del marxismo como forma de organizar el terreno de la historia. Entonces, ¿hacia dónde pueden ir ahora los jóvenes historiadores, además de leer *Annales* y ver lo que está pasando? ¿Qué conclusión extraerán? Leen revistas, como *Revue d'Histoire Moderne, Mouvement Social*, o lo que sea que estén leyendo, y como *Annales*. ¿A qué conclusión llegarán, es decir, sobre qué cosas interesantes deberían estar reflexionando y, en particular, qué influencias teóricas deberían dominar?

REVEL: Permíteme aclarar algo en primer lugar sobre el marxismo. Como ya he dicho muchas veces en otros lugares, la influencia del marxismo en la historiografía francesa a menudo se sobrevalora. Del hecho de que muchos historiadores franceses fueran comunistas durante los años cincuenta y sesenta, no se debe concluir que el marxismo tuviera una profunda influencia en la historia francesa. De hecho, la recepción del marxismo entre los historiadores franceses ha sido muy limitada, incluso pobre si lo comparamos con lo que ocurrió en Gran Bretaña o incluso en Italia, donde la reflexión intelectual marxista fue mucho más abierta y fructífera, y sin duda menos catequística. Hemos tenido un único gran historiador marxista, Pierre Vilar, que durante tres generaciones estuvo bastante aislado en el panorama historiográfico. Sin embargo, hay otro y probablemente más importante aspecto en este asunto: junto con distintos funcionalismos, el marxismo fue uno de los sistemas de comprensión que ofrecía algo así como un análisis global del mundo histórico. Es cierto, por supuesto, que confiamos menos en estos asuntos de lo que lo solíamos hacer cuarenta años atrás.

En cuanto a lo que es interesante para los historiadores jóvenes, yo sugeriría una paradoja. Todos tenemos una sensación, sobre todo la gente de nuestra generación, de que ha habido un gran cambio desde lo social a lo cultural, lo que es a la vez cierto y engañoso, porque esos términos vagos como «social» o «cultural» abarcan tanto que puedes poner cualquier cosa bajo su paraguas. Mi hipótesis en este caso sería que los jóvenes se interesarán por reinventar nuestra comprensión social del mundo histórico.

La tradición de la historia social solía tener ideas más simples sobre lo que significa ser parte de una sociedad más amplia. Nosotros utilizamos categorías preparadas, como profesiones, riqueza, ingresos, etcétera, y usamos estas categorías para distribuir a las poblaciones a estudiar. Esto ha sido muy positivo como un primer mapa tentativo. Recientemente, se ha reconsiderado de manera drástica y sigue siendo un debate abierto. Todos sabemos que definir lo que es una identidad social es una tarea extremadamente compleja. Creo que ahora es una preocupación general: la reinención de un mapa social, y en ese punto no hay ninguna diferencia real entre social y cultural, o entre social y económico, o entre diferentes historias. El problema realmente es cómo localizar a alguien en un mapa, que es básicamente un mapa de relaciones sociales que atraviesa todos los aspectos de la vida social.

HUNT: Hablando de reinventar el mapa social, ¿cómo encajamos los debates anteriores, por ejemplo acerca de la teoría y de la historia, en esta reasignación? ¿Significa que vamos a entrar en un período menos teórico en el que trataremos de volver a los elementos esenciales de cómo se construye el mundo social? ¿Significa que vamos a confiar más en alguien como Pierre Bourdieu que, al fin y al cabo, puso mucho énfasis en ver esto como un proceso? Puede que de alguna manera fuera la figura más influyente que habló de cómo tenemos que repensar la forma en que se construye el mundo social. ¿Dónde encaja la teoría en todo eso, y cómo funciona?

REVEL: En primer lugar, me permito sugerir que esas nuevas preguntas sobre el trabajo histórico-social tienen su origen en nuestros días, en nuestra experiencia real. El mundo en que vivimos tiene identidades más flexibles, no sólo en términos de nacionalidad, sino de trabajo, de género, de la clase de relaciones que tenemos con los demás.

En segundo lugar, está obviamente relacionado con un mayor esfuerzo teórico. Pero como siempre pasa con los historiadores, la teoría no es nada sin la práctica. Esta es, creo, una seña de nuestra disciplina. Estamos obligados a probar los instrumentos teóricos, los conceptos y las hipótesis con un determinado tipo de prueba con la que podamos trabajar, y aquí el paralelismo con el sociólogo es a la vez convincente y limitado, porque un sociólogo es capaz de construir sus datos de una forma más fácil de lo que lo hacen los historiadores. Nosotros todavía dependemos de las fuentes que las sociedades del pasado han dejado tras de sí.

En tercer lugar, creo que hay un sentimiento general de que la forma en que solíamos imaginar el mundo social ha quedado, si se me permite decirlo así, exhausta. Si lees las amplias y completas historias sociales de los años cincuenta, sesenta y setenta, que son a menudo grandes logros en términos de conocimiento, ya no nos dicen nada. Hablan de cosas que en buena medida son diferentes de las preguntas que ahora tenemos en mente, no solo porque hay algunas ausencias importantes –las mujeres, por poner un ejemplo importante, y muchas otras–, sino también porque nuestra representación del mundo social se ha tornado muy diferente. Por tanto, planteamos nuevas preguntas y buscamos una forma de ofrecer respuestas seguras, lo que no siempre es fácil.

La microhistoria ha sido uno de los enfoques más sugerentes. Desde luego, no creo que la microhistoria sea el único posible, pero es un síntoma de este tipo de expectativa, al facilitar un enfoque diferente para el mundo social, tomando lo «social» en un sentido amplio, abierto. Deberíamos tomárnoslo en serio. La forma que tenemos de pensar sobre lo que trata la historia hoy en día es totalmente diferente de la clase de historia que aprendimos de estudiantes hace cuarenta años, y es así porque el mundo en que vivimos ha cambiado, porque las preguntas que consideramos más importante han cambiado, y también porque nuestras estrategias de investigación han cambiado. Y lo que acabo de decir sobre la microhistoria se puede predicar también para la historia global o globalizada, que

se suele tomar como una especie de movimiento alternativo y opuesto, cuando yo lo veo más bien como un intento de responder a la misma serie de preguntas desde diferentes escalas y etapas.

SUDHIR: ¿Pero es también una especie de *histoire totale* transnacional, por así decirlo, a escala global? La historia de la humanidad, por ejemplo.

REVEL: No estoy seguro de saber lo que pueda significar una «historia de la humanidad» hoy en día. Lo de «transnacional» es un asunto diferente. Si «transnacional» significa tratar de distanciarse de nuestras idiosincrasias locales, ciertamente es algo bienvenido. Todos nos enfrentamos a una multiplicidad de experiencias locales limitadas, dentro de mundos locales. Por tomar un ejemplo clásico, no hay nada semejante a una «gentry» en la experiencia social, cultural y política francesa, si la comparamos con su homóloga británica.

Lo de la «*Histoire totale*» plantea otra serie de preguntas. Tuvo bastante éxito hace cincuenta años, cuando era vista como una especie de logro final. No estoy seguro de que el concepto aún tenga mucho significado. Tengo la sensación de que funciona mejor como un conjunto de preguntas acerca de la historia en general. Como mínimo, no deberíamos darla por sentado como respuesta, sino que tiene que ser objeto de debate. Por el contrario, lo importante en cuanto a la nueva agenda histórica es el hecho de que lo que pensábamos que era un aspecto característico de una experiencia nacional o de una experiencia provincial o local, ahora tenemos que pensarlo relacionándolo con diversas escalas más grandes. Pero este no es el programa de una *histoire totale* holística; ahora es visto como un problema de historias conectadas o historias cruzadas (*histoires croisées*), una serie de interrogantes acerca de por qué y cómo, a través qué mediaciones complejas, un acontecimiento o fenómeno local no es solo local. Desde este punto de vista, creo que no hay una distinción básica, ni mucho menos una elección opuesta, entre microhistoria e historia global. Son dos extremos del mismo espectro y tenemos que imaginar también una multiplicidad de historias intermedias.

Ahora, la pregunta aquí es cómo podríamos ser capaces de reconstruir esas redes de interrelación. En mi opinión, este es el lugar donde la historia es hoy en día más desafiante y activa. No hay duda de que tiene que ver con la globalización actual. La lectura semioficial de la globalización es que todo el mundo se está pareciendo, lo que me parece absurdo. Lo cierto es que hay una circulación más densa y más acelerada de unos productos comunes, de una ciencia común y de unos símbolos. Pero la respuesta a estas poderosas formas de unificación es una fuerte y renovada afirmación de las identidades. Por su parte, el mismo mundo «global» está a la vez más unificado y es más singular, y eso es exactamente lo que los historiadores están tratando de entender cuando hoy miran hacia el pasado.

HUNT: ¿No crees que quizá haya también un mayor interés en algo a lo que yo misma he dedicado muy poco tiempo, pero que parece transversal en estos asuntos, y que es el tema de la religión? Porque cuando se habla de reinventar el

mapa social, me viene a la mente la forma en que los grandes teóricos sociales de finales del XIX y principios del XX pensaron lo social, como Durkheim, Weber o Marx, que lo hicieron en términos totalmente seculares, en su mayor parte.

REVEL: No estoy seguro. Marx, probablemente, no tanto la tradición marxista (piénsese en el Furet de *Le Passé d'une illusion*, 1995⁶). Weber, ciertamente no.

HUNT: Bien, Weber no, pero Durkheim...

REVEL: Ni siquiera Durkheim.

HUNT: Pero Durkheim, en cierto sentido, ofreció la secularización definitiva de lo sagrado, mostrando cómo todo podía tener raíces seculares. Hago esta pregunta porque me parece que el poscolonialismo está muy centrado en la dificultad de entender la religión en términos históricos occidentales, tal como ha llegado a ser, como una mera expresión social, como reducible a sus significados sociales y culturales. Así que desde la perspectiva francesa, donde el velo se convirtió en un gran problema en la política francesa, lo que te planteo es si eso supone que los historiadores van a proponer una nueva mirada de la religión y de lo que podría o no significar.

REVEL: Bueno, no estoy seguro de que hay una sola respuesta a esa pregunta. Por un lado, podemos encontrar obras que se pueden tomar como ejemplos de lo que acabas de decir sobre esa lectura secular de la religión, y esto, en cierto sentido, sería lo que Bourdieu sugiere. Tú buscas la religión como *recurso*, como un camino de construcción de tu identidad colectiva y singular, pero no la religión como tal. La religión *con* otros elementos. Lo cierto es que no estamos preparados para pensar en fenómenos amplios como el estallido contemporáneo de los diversos fundamentalismos. Pero este es un problema que, sospecho, no es de ninguna manera específicamente francés. Es verdad que el concepto francés de «*laïcité*», uno de los pilares de nuestro credo democrático y republicano, ha mostrado sus límites y necesita algún tipo de reformulación.

Pero volviendo a las propuestas de los historiadores, no creo que en nombre de una cierta experiencia cultural específica los aspectos religiosos de la vida social sean menos estudiados en Francia que en cualquier otro lugar. Por el contrario, hay una sólida y diversa tradición historiográfica (y sociológica y antropológica) de estudios, que va desde la sociología histórica de la práctica (Gabriel Le Bras, Louis Pérouas y muchos otros después de ellos) hasta el análisis de la experiencia mística (Henry Corbin, Michel de Certeau, Jacques Le Brun). Sin olvidar tampoco la discreta pero persistente influencia de alguien como Alphonse Dupront, autor de una obra legendaria sobre *Le Mythe de croisade*,¹⁷ cuya herencia hoy en día está encarnada en autores como Denis Crouzet, que defiende que la religión crea las condiciones de su propia y específica experiencia. Pensemos en el impresionante trabajo en curso del filósofo y historiador Marcel Gauchet. Si tuviera que simplificar este rico campo de investigación, me permitiría sugerir dos enfoques principales, que sin duda no son específicos de la historiografía francesa. Por un lado, la religión tomada como uno de los múltiples elementos

que forman parte de la construcción de la identidad colectiva, lo cual, en determinado sentido, es una formulación más refinada de una vieja cuestión sociológica. Por otro lado, la exploración de lo que solo puede pensarse a través de la religión, que es una aproximación antropológica a la religión.

HUNT: Entonces, ¿crees que los historiadores están o no más interesados realmente en la religión?

REVEL: Creo que están más interesados porque la religión es una de las cuestiones principales y, a veces, una de las más urgentes en las sociedades contemporáneas de todo el mundo, sin duda mucho más que en los años cincuenta o sesenta. Incluso un país que ha limitado la presencia de la religión en la vida cotidiana a la esfera privada, como ha sido el caso de Francia, se enfrenta ahora con nuevas preguntas: no solo por las exigencias de los fundamentalismos, o por los conflictos religiosos, sino incluso por otras formas posibles de convivencia religiosa. Los numerosos historiadores que tratan de entender lo que significaba una ciudad donde los católicos y los protestantes vivían juntos en el siglo XVI, o los judíos y los cristianos en el siglo XIII, o ahora mismo, están obviamente preocupados por lo que es la experiencia más común, la de la convivencia entre musulmanes y no musulmanes, en un país como Francia.

HUNT: Me parece que una de las cuestiones que ha emergido, que está obviamente relacionada con el resurgimiento o al menos con la mayor importancia política del islam, es la del republicanismo en Francia y en los Estados Unidos. De hecho, en la mayor parte de Occidente, el republicanismo se ha basado en la idea de que la política es una actividad secular y que la religión es una opción privada en un mundo en el que las diferencias religiosas son toleradas. Esto es muy diferente a lo que ocurría en la Europa del siglo XVIII, por supuesto, pero en los siglos XIX y XX la religión se convirtió cada vez más en una opción privada en el ámbito privado. La política es pública y tiene que ver con cuestiones seculares. Me parece que el reto que plantea el islam es decir que, en su caso, esa no es la forma en que se organiza el mundo. La política es una cuestión religiosa y la religión no es privada.

REVEL: Bueno, no es tan simple.

HUNT: Por supuesto, no es así de simple, pero por decirlo de forma esquemática.

REVEL: Hay muchos islams, me atrevería a decir, o más exactamente muchas y diversas maneras de ser musulmán (o cristiano, o judío, o ateo). Están asociadas con las diferentes formas de practicarlo, diferentes modos de entender cómo la esfera de lo sagrado se articula con la vida social. Una vez más, aquí no hay nada que sea específico de Francia, donde durante un siglo (y esta es una gran diferencia con los Estados Unidos, por ejemplo), la vida pública fue estrictamente secular y se suponía que la religión no formaba parte de ella. Las cosas están cambiando. Casi automáticamente pensamos en esa minoría muy visible de personas que piensan que el islam exige una ley religiosa que potencialmente

debería extenderse a toda la sociedad, es decir, que ven las otras formas de vida social como una amenaza y un insulto al islam. Son una minoría, pero no se ven como una minoría. Ahora bien, en algunas cuestiones éticas y sociales, determinados grupos cristianos o judíos podrían expresar opiniones similares. En estos aspectos, creo que debemos ser muy prudentes. Tomemos la cuestión del velo que mencionaste. Hay muchas y diferentes razones para que una chica lleve velo. Una de ellas es la presión de la familia, de los padres, de los hermanos, de los vecinos. Otra es escapar de las formas de acoso dentro de la sociedad francesa. Una adicional es la moda, la imitación, y así sucesivamente. Los sociólogos han demostrado que el velo se puede investir de muchos significados distintos dentro de la sociedad francesa. Las razones por las que la gente vuelve a un islam radical pueden ser muy diferentes. Es bien sabido que los movimientos islamistas, muchos de ellos financiados por Arabia Saudita, han proporcionado una serie de servicios que las autoridades públicas o la sociedad laica en general no pudieron (o no quisieron) proporcionar, no sólo formación moral, sino control social, formación profesional, formas de solidaridad, y así sucesivamente. Así que la razón por la que alguien se une al islam radical puede también ser diferente y flexible en el tiempo.

HUNT: Pero mi pregunta es, ¿crees que esto tiene algún impacto en la manera en que los historiadores piensan en la historia como campo?

REVEL: Ciertamente. La experiencia actual exige nuevas lecturas de la experiencia pasada. Lo que eso sugiere es que los historiadores no observan las opciones, afiliaciones y prácticas religiosas como elementos de una identidad fija, sino que tratan de entenderlas como piezas de un juego social más amplio en el que diferentes agendas, lógicas y distintas formas de agencia quedan confrontadas unas a otras. Y por esa razón sugiero que la parte más interesante de la investigación histórica sobre la religión tiene que ver con la convivencia religiosa y con la desviación. De hecho, el enfoque histórico de la religión ha sido renovado en gran parte mediante el estudio de las heterodoxias.

HUNT: Quiero volver a algo que acabas de mencionar y pedirte un poco más de concreción, sobre la relación entre la microhistoria y lo transnacional. Creo que lo has expresado muy bien: las conexiones entre las diferentes partes del mundo. ¿No es posible que haya algo más? Parece que ves una feliz convivencia entre estos dos puntos de vista, pero me pregunto si necesariamente ha de ser así, porque la virtud de la microhistoria, como tú has subrayado, es que permite obtener una visión sobre la construcción del mundo social, diferente de la nacional. Es una perspectiva completamente distinta sobre la construcción del mundo social. Cuando modificamos la escala más allá de la nación y vamos las conexiones entre regiones, ni siquiera entre naciones, sino entre regiones, ¿no existe la posibilidad de que esa mayor escala desborde por completo lo que se puede averiguar a través de la microhistoria; en otras palabras, que haya en realidad una tensión entre ambas perspectivas?

REVEL: Hablando del pasado, la pregunta es qué son las dimensiones de la experiencia y dónde están situadas. En la escala micro vemos cosas que no seríamos capaces de ver desde otro lugar, pero esto no significa que la experiencia de las personas que se está observando se limite a ese marco más cercano, sino que suele estar conectada con otras experiencias. En cierto sentido, jugar con diferentes escalas te da la oportunidad de entender cómo es ese sistema de relaciones y hasta dónde llega, lo que no tiene una respuesta única o unificada. Se puede ver como una serie de mapas discontinuos, que no se pueden superponer claramente. Pero así es como funciona la experiencia social.

Hace cincuenta años, Witold Kula, un historiador polaco, escribió un libro fascinante que, mucho me temo, ha caído en el olvido; se titula *Teoría económica del sistema feudal*.¹⁸ Reconstruía allí los complejos vínculos que existían entre la producción local de trigo en Polonia y el mercado mundial (es decir, europeo) de los siglos XVI y XVII. Estos distantes mundos estaban conectados. Lo que pasa en el mundo hoy en día, de una manera mucho más difusa y compleja, es exactamente de ese tipo. Así, aunque la confrontación entre la microhistoria y la historia global o transnacional a veces pueda parecer incómoda, no creo que esas perspectivas se excluyan mutuamente. Por el contrario, veo beneficios mutuos.

Permíteme sugerir que no es necesario tener una visión absoluta de lo que es micro y lo que es macro. Son conceptos relativos, y lo interesante es lo que está en medio; en cierto sentido, toda la gama de escalas relevantes, que son el núcleo de cualquier proceso social importante.

HUNT: Sin embargo, hay otra cosa que me preocupa. Hay al menos un tema que me viene a la mente cuando pienso en lo que motivó las grandes historias sociales, al menos algunas de las grandes historias sociales de los años cincuenta, sesenta y setenta, la de la gran ola de la historia del trabajo, digamos: pienso, por ejemplo, en E. P. Thompson, que quería combinar la experiencia de los individuos y captar sus relaciones de clase porque tenía una visión de lo que se necesitaba para cambiar el mundo; es decir, organizarse para impulsar el cambio. Lo que me preocupa es que con la combinación de lo transnacional o interconectado y lo microhistórico, la visión del mundo consista simplemente en apreciar las diferencias en las experiencias individuales, perdiendo así todo sentido de cómo los individuos pueden unirse para transformar el mundo social.

REVEL: ¿Tiene que ser así? Detengámonos en el ejemplo de E. P. Thompson. Me parece que *La formación de la clase obrera en Inglaterra*¹⁹ es una demostración convincente de cómo diversas experiencias locales, con diferentes orígenes sociales y religiosos, convergen en un momento dado dentro de una experiencia más amplia y compartida. De hecho, lo que se plantea en la «formación» son los modos y formas de un proceso social. Funciona y se hace comprensible –en primer lugar para los actores históricos– a diferentes escalas, algo que Thompson necesita reconstruir para captar el sentido de la totalidad.

HUNT: Sí, pero en cierto sentido también sería semejante a como se plantea hoy el dilema de los derechos humanos, con un énfasis mucho mayor en apreciar el sufrimiento de otras personas. Exactamente cómo vayamos a acabar con su sufrimiento está menos claro.

REVEL: Vivimos en sociedades multiculturales que están obsesionadas con el problema de la identidad o, más exactamente, con las identidades. ¿Por qué? Porque en las sociedades en transformación rápida, el mapa social es borroso y los individuos y los grupos, por eso mismo, quieren situarse en algún lugar de un mapa que captan con dificultad. No es la primera vez en la historia que esto ha ocurrido: fue el caso, por ejemplo, de Europa en el siglo XVI y, de nuevo, en el siglo XIX. En realidad, probablemente haya ocurrido en todas las centurias, pero con más o menos violencia e intensidad. Sin embargo, es diferente cuando lo experimentas de primera mano y, sin duda, el cambio es más potente y difuso, de modo que hoy en día somos más conscientes que nunca. Los historiadores transfieren esas preocupaciones a sus propias agendas y se acercan al pasado con nuevas preguntas, y con nuevas herramientas conceptuales. Permíteme insistir en este último punto. No creo que los historiadores definan por sí solos la agenda histórica. Lo que es relevante, lo que es sensible, lo que está en juego se refiere a una experiencia social más amplia que compartimos con múltiples y diferentes protagonistas, lo cual no significa que necesariamente compartamos la misma comprensión del fenómeno.

SUDHIR: Me preguntaba si tal vez, no sé, quieres finalizar con algún problema, a modo de conclusión. Qué dirías si yo te hiciera la gran pregunta de cómo ves el futuro de la historia. Has hablado de la porosidad de la profesión histórica y de la existencia de un gran número de diversas representaciones históricas del pasado, ya sea la memoria o los relatos de testigos presenciales y de otras que aparecen en el campo histórico. ¿Cómo ves en términos generales, a la luz de esos desarrollos, a la luz de la globalización, el futuro de la historia como disciplina, como práctica, tanto en Francia como en todo el mundo?

REVEL: Esa es una pregunta difícil y probablemente un asunto delicado. Si valoramos hasta qué punto ha cambiado la escena historiográfica en las últimas décadas, la época de nuestra experiencia personal y profesional, es mejor ser prudentes con cualquier pronóstico. La escena ha cambiado. Los historiadores nunca han estado aislados. Sin embargo, con el desarrollo de la erudición y más tarde de la historia científica, nuestra profesión ha tendido a olvidarlo en aras de la objetividad, de ese «noble sueño».²⁰ Estas certezas parecen ser cuestionadas en la actualidad. Muchos historiadores lo lamentan, pero esta es la situación a la que nos enfrentamos. Hay nuevos protagonistas que están presentes en la escena y que exigen atención: los medios de comunicación, los tribunales de justicia e incluso, en Francia, el Parlamento a través de una serie de recientes «leyes memoriales», como he mencionado antes en nuestro diálogo.

Los testigos están rivalizando y a menudo se ven obligados a rivalizar con los puntos de vista de los historiadores; ellos estuvieron «allí», se están moviendo, a

menudo son respetables, son mucho más «reales» de lo que nosotros podemos pretender ser. La historia es ciertamente un asunto público, más de lo que lo solía ser. Tenemos que tomárnoslo en serio. No es que debamos sentirnos acosados porque nuestros puntos de vista estén siendo cuestionados más de lo que era habitual. Depende de nosotros dejar claro qué hay de específico en lo que estamos haciendo y la forma en que lo hacemos. No estoy reclamando aquí la defensa de nuestros privilegios, sino una correcta apreciación de cada contribución singular.

Podemos estar de acuerdo en el hecho de que tanto la historia como nuestra relación colectiva con la historia han cambiado. Pero probablemente no seamos capaces –o al menos yo no me siento capaz– de predecir cuál será el futuro de nuestra disciplina en los próximos cincuenta años. Dicho esto, no creo que ninguna sociedad pueda vivir sin relacionarse con su propio pasado. Que sean los historiadores los que se vayan a encargar de ello es un problema diferente.

HUNT: Ese es un gran final.

SUDHIR: Muchas gracias.

REVEL: Ha sido un placer.

Traducción de Anacleto Pons

© American Historical Association

NOTAS

1. «History: Past, Present, and Future. A Conversation between Lynn Hunt and Jacques Revel», *Perspectives Online*, vol. 50, núm. 9 (diciembre de 2012): <http://www.historians.org/Perspectives/issues/2012/1212/Hunt-Revel_Conversation.cfm>
2. «Is there a «Crisis» of History in France?», *Perspectives*, vol. 36, núm. 5 (mayo de 1998), pp. 9-12. Versión online: <<http://www.historians.org/perspectives/issues/1998/9805/9805INT.CFM>>
3. *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Madrid, Alianza, 1987.
4. *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, Taurus, 1988.
5. <<http://www.lph-asso.fr/>>
6. <<http://sfi.usc.edu/>>
7. Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*. París, Gallimard, 3 vols, 1984-1992.
8. Peter Novick, *Judíos, ¿vergüenza o victimismo? El holocausto en la vida americana*. Madrid, Marcial Pons, 2007 (1999).
9. *L'identité de la France*, París, Flammarion, 3 vols, 1986-1987.
10. *Histoire de la France*, París, Seuil, 4 vols, 1989-1993.
11. En efecto. Entre las últimas están los trece volúmenes ilustrados de una *Histoire de France* que Joël Cornette ha dirigido para Belin (2010) o los tres primeros tomos de una *Histoire de la France contemporaine* en Seuil (2012), a cargo respectivamente de Aurélien Lignereux (1799-1815), Bertrand Goujon (1814-1848) y Quentin Deluermoz (1848-1871).
12. *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004; *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.
13. La primera edición es la de *La Première année d'histoire de France: leçons, récits, réflexions*, París, Armand Colin, 1884.
14. Se trata del «Historial de la Grande Guerre», en Péronne: <<http://www.historial.org/>>
15. <<http://Annales.ehess.fr/?lang=en>>
16. *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Madrid, FCE, 1995.
17. *Le Mythe de croisade*, París, Gallimard, 1997, 4 vols.
18. *Teoría económica del sistema feudal*. Valencia, PUV, 2009.
19. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitan Swing, 2012.
20. Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Editorial Mora, 1997, 2 vols.